



La laguna es majestuosa. Se deja ver por un momento y luego hace que el manto de las nubes la cubra y que se desate una lluvia tan fuerte que no parece de páramo. No sé a cuántos grados estamos pero lo que siento es un frío polar tocándome insistente con sus manos mientras el viento silba furioso y agresivo. Las frágiles capas de plástico no alcanzan a protegernos, y gorros, buzos y chaquetas apenas son un paliativo para tanto hielo. Ya nos habían advertido abajo: “agosto no es una buena época para venir”, pero nosotros no hicimos un viaje tan largo hasta el Valle de las Papas para devolvernos sin más. Así que madrugamos, buscamos a Alberto Anacona, el guía, que ya tenía listos los caballos, y seguimos adelante en la camioneta por la misma calle por donde habíamos entrado ayer y en la misma dirección hasta dejar atrás las casas del pueblo. Lloviznaba ya y la montaña se veía nublada y espesa, pero a veces nos deteníamos a hacer alguna foto o a mirar algún detalle que nos llamara la atención: las vacas asomándose por sobre las cercas para mirarnos pasar como si les asistiera curiosidad o una pareja de campesinos buscando quizá su parcela de trabajo, acompañados de un perro blanco y crema que a veces se alejaba de ellos y husmeaba por allí antes de volver en un correteo feliz y fiel.

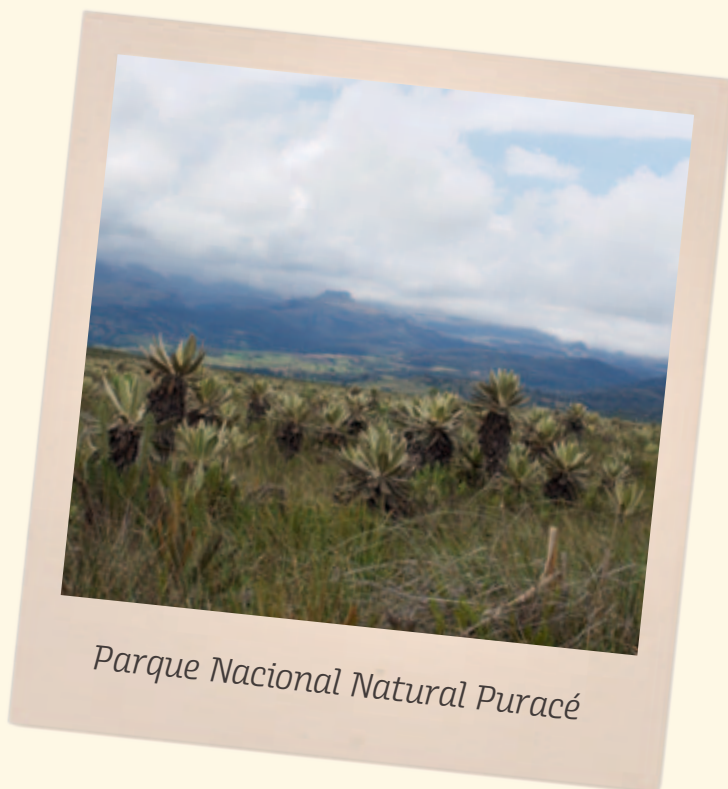
Yo pensaba que esta travesía me hubiera gustado más hacerla a pie porque permitiría manejar otros ritmos, otras pausas, respirar diferente, pero sabía que tanta inclemencia muy seguramente nos habría frustrado el intento. Así que, ya aquí, el objetivo era alcanzar de alguna forma el lugar donde nace el río más importante de Colombia, ver cómo un hilillo de agua abre con timidez una primera brecha fundacional e imaginar un descenso raudo de más de dos mil metros de altura en los primeros cincuenta kilómetros para luego formar un valle y ganar majestuosidad bañando directa o tangencialmente a dieciocho departamentos hasta desembocar, 1.540 kilómetros más allá, en el océano Atlántico, en Bocas de Ceniza. Entonces no pude evitar pensar en el escritor italiano Claudio Magris cuando busca el nacimiento del Danubio, lo sigue reflexivo y erudito luego por Europa Central y lo ve morir con grandeza en el mar Negro. Y no pude dejar de pensar, específicamente, en la descripción del lugar de la Selva Negra donde Magris busca el origen del río y encuentra prados pantanosos, pequeños manantiales, una casa de 1715 gobernada por una vieja huraña y un tubo plantado verticalmente en el suelo y cuya agua desbordada es encauzada mediante un tronco hueco a manera de canalón. Y encuentra también información que muchas veces es imprecisa y contradictoria



refiriéndose a grifos y afluentes, a pequeñas corrientes de agua que van y vienen, a recorridos subterráneos y secretos. “Es posible que la promesa de estas aguas inocentes sea falaz”, dice el escritor viajero. ¿Será así de nebuloso el nacimiento del Magdalena?, me pregunto por mi parte, y recuerdo el gigante de agua que luego es este río porque lo he contemplado desde algún lugar a la altura de Neiva o de La Dorada o cuando atraviesa el puente Pumarejo, muy cerca de Barranquilla.

Alberto y los caballos nos alcanzaron cuando ya nos habíamos encunetado junto a un barranco, y como de momento aquel incidente era insalvable decidimos dejar la camioneta allí y seguir. Yo, jinete inexperto, me balanceaba como un muñeco inerte encima del sillín y temía caer a cada paso, pero no decía nada para evitar las burlas. Si así era en la carretera, la sensación de peligro se acrecentó cuando esta se acabó en la vereda La Hoyola y emprendimos el ascenso al Páramo del Letrero por caminos estrechos y empantanados donde las patas de los caballos se hundían en el barro sin resistencia alguna. El viaje sería largo y el frío prometía ser aterrador. Eso no impidió, por supuesto, que gozara de este nuevo aire, de la frescura del camino, del rumor del agua de quebradas ocultas, del sonido armonioso que salía de los cascos de los caballos cuando pisaban las ramas, las hojas y los charcos, o cuando se encontraban con una piedra y emitían un sonido agudo que ascendía y se colgaba de las copas de los árboles junto al gorgear de los pajarillos. Había momentos en que sentía que de verdad el caballo negro me iba a echar abajo, sobre todo cuando tenía que levantar sus patas delanteras y trepar casi de un brinco a alguna roca que hacía parte del camino mientras las patas traseras resbalaban e intentaban desesperadamente encontrar un asidero. A veces, el instinto lo llevaba a buscar el mejor sector para transitar en aquel sendero abrupto y se arrimaba en exceso contra una piedra o contra algún árbol exigiéndome un contorsionismo sin práctica que me daba pavor.

Pese a que tenía los sentidos exacerbados y alertas, no pude evitar más arriba casi morir colgado. Fue una situación que luego bien pude calificar de ridícula e hilarante, pero que en ese momento



*Parque Nacional Natural Puracé*

Fotos: Wikimedia Commons

me dejó conmovido. Habíamos avanzado más de media hora y el terreno se suavizó un poco cuando vi cómo mi padre, quien encabezaba el grupo, se agachó para esquivar la rama de un árbol. Yo iba unos veinte metros más atrás y al pasar bajo aquella rama hice lo mismo pero ella se balanceó, enganchó la capucha de mi chaqueta y jaló el nudo de zapato de sus tiras amarradas a mi cuello para convertirlas en un nudo ciego. Ahí la travesía se hizo cámara lenta. El caballo siguió con su andar parsimonioso, y yo, colgado de la rama, veía las orejas y las crines alejarse, y más allá veía avanzar a mi padre, y veía las riendas deslizándose de mis manos enguantadas, y veía cómo me desplomaba lentamente hacia atrás hasta tener una posición horizontal sobre el lomo y observaba impotente en lo alto el verdor del árbol que me había atrapado. No pensé en nada porque no tenía allí la capacidad de hacerlo. No había racionalidad alguna y la muerte no se asomaba como concepto o como idea sobre los que se pudiera disertar, sino como posibilidad tangible, real, sin metáfora alguna. Era una cosa que sucedía espontáneamente sin misterios ni truculencias, y ya. Pero estas son palabras de ahora. En aquel instante solo esperé mi caída y el golpe del ahorcado, como si estuviera en el ara del sacrificio y no tuviera redención, pero una mano

prodigiosa y mágica me arrebató a la rama en un rápido movimiento y, rescatado del borde del abismo, pude incorporarme sobre el caballo buscando en un afán instintivo las riendas. Entonces la cámara lenta desapareció y volví mi cabeza para mirar atrás. Ahí estaba María Fernanda observándome sin sombra de miedo y con un gesto que parecía una sonrisa contenida que yo no supe entender si era de satisfacción por salvarme de los hados funestos o queriéndome decir “qué torpe eres”. O los dos. Luego sí que nos reímos, a carcajadas, quizá producto del nerviosismo o por la certeza de haber superado esa inesperada peripecia funambulista, y ella puso su caballo junto al mío para mirarme de cerca. Las tiras de la capucha habían dejado una huella roja sobre el cuello. Yo sentía arder la piel en esa zona pero eso no impidió que nos pusiéramos a conversar a grandes voces sobre el incidente y que mi padre nos esperara al escucharnos.

Más arriba pensé en lo que había contado don Fernando Mopán la noche anterior: muchas personas iban a las lagunas y no volvían porque el frío las consumía o porque se perdían en medio de la niebla. Y eso lo ratificó nuestro guía, quien contó que hace unos años un “gringo” subió con su esposa al páramo y no pudo regresar con vida. Ella, entumecida también por el frío, había alcanzado a llegar casi moribunda hasta La Hoyola para pedir ayuda y rescatar el cadáver. Esa historia me devolvió unos minutos en el tiempo e hizo que un hielo de miedo se superpusiera al hielo del entorno. Magris no tuvo que pasar por algo así, pensé con sorna, y luego sacudí la cabeza.

Un poco más arriba, después de pasar bajo hermosos túneles que los árboles construían espontáneamente y andar sobre alfombrados lechos de hojas donde se apagaba el cascoteo de los caballos, nos encontramos con la Piedra del Letrero que da nombre al páramo y que es un petroglifo con inscripciones que están casi borradas por el viento, el sol y el agua. No es una roca muy grande —puede tener un metro de diámetro— y se ha oscurecido con el paso del tiempo enclavada en un filo desde donde puede verse en una montaña lejana una caída de agua y en el cerro más cercano un bosque pintado de verdeoscuro misterioso que, nos han dicho, está habitado por osos de anteojos, pumas, dantas, armadillos y venados.

Los vecinos de Valencia, Cauca, cuentan muchas leyendas sobre la piedra y las inscripciones, pero yo quiero retomar solo una que compartiría conmigo un mes después Belly Burbano, una niña de sexto grado del colegio San Luis de Almaguer:

Del Huila al Valle de las Papas hay un camino llamado camino nacional que pasa por la montaña sagrada de Papallacta, cerca de las lagunas de Magdalena y Santiago. Dicen que por este camino venía el padre Tubor hacia Valencia y en un punto que se conoce como la piedra del diablo se le apareció un espíritu. Se dice que el padre tuvo que luchar contra ese espíritu, que era el diablo, en una pelea muy fuerte y larga. En ese tiempo, los padres llevaban cinturón, y el padre Tubor, después de haber luchado tanto, amarró al diablo a una piedra con el suyo. Una vez amarrado el demonio, el padre le dijo que antes de que amaneciera él tenía que hacer una cruz en una piedra para poder soltarse. Entonces el padre siguió su camino y, como faltaba poco para que saliera el sol, el diablo se movía para todos los lados queriendo escapar. Finalmente con sus garras hizo la cruz pero al revés y fue la única forma de zafarse. Cuando el padre volvió a pasar encontró al diablo suelto y la cruz en la piedra.

La historia parecería quedar en punta sin saber el destino de los dos personajes enfrentados, pero eso la hace quizá más interesante. Yo no pude pensar en ese relato porque aún no lo había escuchado y me quedé a mirar la piedra, pero fue imposible descubrir las inscripciones o las figuras, como sí podría hacerlo meses más tarde con los petroglifos de Cimarronas, en el corregimiento de San Juan. Lo que sí pude ver aquí con claridad fue la insensatez de algunos turistas que con tinta blanca escribían sus nombres y algún símbolo de amor pasajero encima de las inscripciones atávicas. En varios recodos encontraría otras manifestaciones de aquella estulticia: botellas de vidrio y plástico, bolsas, papeles, latas de cerveza y envoltorios de cigarrillo tirados a la vera del camino sin un ápice de conciencia ambiental o al menos de respeto por la naturaleza.

Luego seguimos el camino y empezamos a mirar el cambio de escenario, donde predominaban



ya los frailejones y los mortiños, y la montaña se convertía en una especie de planicie desigual. Cuando llegamos al Páramo del Letrero el frío se hizo pavoroso. Mientras nos ayudaba a bajar de los caballos y sin dar muestras de que el clima lo afectara, Alberto nos recordó que estábamos a 3.570 metros de altura sobre el nivel del mar y que de haber venido a pie habríamos demorado un poco más de tres horas. Luego todos buscamos la laguna de La Magdalena mirando repetidamente a un lado y otro, hasta que la encontramos abajo, a unos trescientos o cuatrocientos metros, la huella líquida y grisácea de algún demiurgo sabio que deambuló por aquí al principio de los tiempos. Y aquí estamos ahora, extasiados con su majestuosidad pese al viento frío que nos golpea en la cara y nos paraliza el gesto y observando que una nube que viene desde la derecha pronto la ocultará a nuestra mirada. Mi padre grita que no siente los pies ni los labios, que aquí se va a morir de frío, y yo pienso que es una proeza que se le ocurra acompañarnos con sus setenta y tres años auestas. Quería venir, confesará luego —cuando se haya bebido media botella de aguardiente que traía en la enjalma de su caballo para calentarse un poco las entrañas—, porque su padre hacía con frecuencia este camino arreando ganado para vender en el Huila. María Fernanda, por su parte, dice que nunca había visto un paisaje tan hermoso, que ha valido la pena el viaje, y señala a la izquierda un cerro que se levanta como centinela de la laguna y cuya cima desigual cubierta de árboles podría parecerle a alguien la cabeza de un ser mitológico y protector.

Luego empieza a llover, un aguacero que no es de páramo, y una sola nube gigantesca y sin matices empieza a bajar su velo, descendiendo lentamente primero y luego convirtiéndose en un reptil blanco y amorfo que se arrastra por el suelo verde que rodea la laguna. El viento intenta arrebatarnos las capas y las ruanas al tiempo que las gotas se entierran con violencia en el rostro, como agujas congeladas. Caminamos agachados y buscamos el mirador de la laguna de Santiago, pero perdemos la esperanza de verla porque nuestras voces han convocado las nubes y despertado la irascibilidad de su espíritu. Sí, quizá hicimos demasiado ruido, digo solo para mí. Pero avanzamos tercios pese a que el clima se ha vuelto en nuestra contra. Protagonistas

de una escena dramática, parecemos esos peregrinos desangelados de las películas que intentan llegar a una cabaña cercana sin conseguirlo. Esa sería la visión romántica. La visión cómica sería parecernos al vagabundo del polo norte en *La quiémera del oro*, avanzando dos pasos y retrocediendo tres y luego avanzando tres y retrocediendo dos. Pero con todo, alcanzamos el mirador en medio de la inclemencia y podemos contemplar por un momento, al pie de un cerro muy alto, hosco y de gran declive, la laguna de Santiago, simiente del río Caquetá. Allí está el espejo de agua y mirándose en él la hilera de montañas que le rodean, también guardianes inflexibles. Muy pronto la lluvia arrecia y las nubes se hacen más densas ocultándolo todo. Sabemos entonces que no podremos acercarnos a la orilla de ninguna de las lagunas y que es hora de regresar sin ver el hilillo de agua de alguno de los dos ríos nacientes abriéndose paso fuera de ellas con timidez. No obstante, no perdemos la oportunidad de mirar de nuevo, unos minutos después, la laguna de La Magdalena que se despeja y se oculta entre las nubes, repetidamente, como burlándose de nosotros o invitándonos a jugar, pícaro, a las escondidas.

Al iniciar el descenso, embriagado todavía por la placidez del paisaje, caigo en cuenta apenas ahora de que el verde claro, casi amarillo, de los frailejones hace que al levantar la mirada uno tenga la impresión de que está en medio de un jardín florecido. María Fernanda, entusiasmada, me dice que tenemos que volver pronto al páramo, mientras mi padre niega con la cabeza y dice que con él no contemos para otra excursión aquí, que esta es su primera y única vez. Así, el regreso se hace tranquilo, incluso en el cabalgar, porque hemos saciado la curiosidad y disfrutado de este encuentro cuerpo a cuerpo con la naturaleza y hemos salido fortalecidos, dueños ahora de una alegría nueva y vigorosa. Ni siquiera reparo en el sitio donde hace unas horas una rama me hizo pasar un susto de padre y señor mío pero, eso sí, me agarro duro de la montura cuando las piedras se ponen resbalosas o el caballo decide por sí mismo echar un trote.

Ya en la carretera nos encontramos con la camioneta atascada y Alberto llama a su hijo para que traiga su campero. El muchacho llega poco tiempo después con una niña, un niño y dos de los perros

de su casa, y no sin esfuerzo logra sacar con varios tirones al otro vehículo de la cuneta. Los niños y los dos perros regresan con nosotros, cantando y riendo, como si nunca antes lo hubieran hecho. Viéndolos yo pienso en esta felicidad tranquila pero plena que ellos expresan y en el paraíso que suele ser la infancia. La niña, diez años, sudadera azul, buzo vino tinto y balaca rosada, nos dice, apenas llegamos al pueblo, que ha ido con sus padres varias veces a la ciudad pero que prefiere vivir en Valencia porque no hay peligro alguno. “El paisaje es muy bonito y me gusta el aire puro”, afirma con una sonrisa inocente y diáfana. También nos cuenta que va con frecuencia al Páramo del Letrero con su familia y que le gusta mucho la leyenda que dice que “la laguna de Santiago y la de La Magdalena han sido esposos, y después con el tiempo se convirtieron en lagunas para nunca separarse”. O la otra, donde se cuenta que en la laguna de Santiago sale una casa de oro y que un señor muy viejo les regala a los viajeros una semilla de maíz para que la siembren y eviten de esa forma la hambruna y la pobreza. Nuestra conversación con ella se ve interrumpida porque la hija mayor de Alberto nos llama a tomar café caliente con masas de harina, y además el frío nos empuja a su cocina con hornilla. Allí nos quedamos un rato conversando de las cosas de por aquí, de la cotidianidad de la vida en esta tierra lluviosa. Luego volvemos a casa de don Fernando Mopán, donde nos han guardado un almuerzo antes de la partida. Nuestro anfitrión nos recomienda entonces que volvamos pronto para subir a las lagunas, pero insiste en que los mejores meses son noviembre y diciembre, no agosto. “Con un poco de suerte se puede ver el oso de anteojos porque a veces viene cerca del pueblo”, anota. Mi padre dice de nuevo que hasta las lagunas no volverá a subir, pero no puede dejar de asentir cuando don Fernando afirma algo que nosotros ya sabemos no solo por este viaje sino por otros anteriores: “la gente de Valencia es amable, respetuosa y honrada”.

A la salida del pueblo, antes de llegar al puente, volvemos a ver la vieja casa abandonada que en tiempos pasados debió ser esplendorosa con sus paredes blancas, sus ventanas verdes, su techo de teja y

sus nueve pilares. Esplendorosa ahí, junto a ese árbol imponente que le hace compañía y junto a los cartuchos blancos que se levantan silvestres al pie del cerco de alambre de púas. Sí, esplendorosa en medio de un prado verdecido que está a orillas del Caquetá impúber.

Al pasar el puente nosotros no tomamos la ruta de la derecha, que fue por donde vinimos, sino que giramos hacia la izquierda, adentrándonos en una carretera construida no hace muchos años. Yo detengo el vehículo y me quedo mirando lo alto del cerro por donde tendremos que pasar y de repente me acometen sentimientos que sé contradictorios. Este trayecto lo hice tres veces a pie en mi adolescencia y en aquellos viajes hubo tantas alegrías como tristezas. Pero esa es otra historia. ■

Juan Carlos Pino Correa (Colombia)

Escritor y periodista nacido en Almaguer, Cauca, en 1968. Ha publicado las novelas *Hojas sin nombre*, *Los habitados*, *Noche de fusiles*, *No solo la noche es oscura* y *La piel sagrada*, además del libro de relatos *Los escaques y la noche*. Es comunicador social, abogado y doctor en Investigación en Artes y Humanidades. Actualmente se desempeña como profesor del Departamento de Comunicación Social de la Universidad del Cauca y hace parte del grupo de investigación Estudios Culturales y de la Comunicación.



Laguna de la Magdalena